

CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

Editorial	3
Thomas Söding La profecía de la vejez. Una promesa en el Nuevo Testamento.	6
Bernard Schumacher Recibir la ancianidad	17
André Vingt-Trois Un momento de verdad.	27
Ysabel de Andia Meditación sobre la pérdida de la autonomía y el abandono.	32
Ivica Raguž Una pequeña teología de la vejez	37
Luis Baliña Envejecer como acontecimiento de la misericordia	53
Matías de Martini El desafío de una mirada positiva sobre la vejez	58
María Isolina Dabove Derecho de la vejez. Principios y alcance	66
Grégori Solari La Presencia, la Palabra y el mal de Alzheimer	74
PERSPECTIVAS:	
Alberto Espezel Resurrección y teología actual	80

La profecía de la vejez

Una promesa en el Nuevo Testamento

—

Thomas Söding *

La sociedad occidental envejece,¹ la Iglesia en Alemania envejece con ella. ¿Qué se está renovando en este proceso que muchos ven sólo como una crisis pero no como una oportunidad? Quien quisiera contraponer la sabiduría ancestral a la ilusión juvenil, o sostener el empleo joven a expensas de la discriminación etaria, ni siquiera habría entendido la pregunta.

El Nuevo Testamento permite buscar una respuesta que no genere un conflicto intergeneracional sino más bien un contrato intergeneracional.² Este contrato no es evidente en el cristianismo primitivo, por dos razones. Por un lado, porque la fe rompe con la primacía de la familia que decide todo bajo la supremacía del patriarca, incluida la religión; el Evangelio exige libertad de creencia, y por lo tanto pone en duda lo convencional.³ Por otro lado, porque con Jesús, el cristianismo primitivo conoce el *pathos* de lo nuevo: su programa es “vino nuevo en odres nuevos”, aún cuando en la antigüedad –como también hoy– el viejo sea considerado superior.⁴

Juntos, estos factores abren la puerta a una promesa: en nombre de la fe, se deben formar nuevas familias y se debe reeducar a las familias. Lo nuevo no es la destrucción sino el cumplimiento de la antiguo; porque cuando Dios da su gracia en abundancia, él mismo permanece fiel.⁵

* Nacido 1956, es Profesor de Nuevo Testamento en la Universidad de Bochum y uno de los responsables de la edición alemana de *Communio*.

¹ Cf. Bundeszentrale für politische Bildung, *Alternde Gesellschaft*, in: *Aus Politik und Zeitgeschichte* 4-5 (Bonn 2013).

² Cf. Marcus Sigismund, *Über das Alter. Eine historisch-kritische Analyse der Schriften «Über das Alter» / Peri gērōs von Musonius, Favorinus und Iuncus*, Frankfurt am Main 2003; Ders., *Alter*, in: Kurt Erlemann u.a., *Neues Testament und antike Kultur II: Familie – Gesellschaft – Wirtschaft*, Neukirchen-Vluyn 2005, 59-62.

³ Cf. Larry Siedentop, *Inventing the Individual. The Origins of Western Liberalism*, London 2014.

⁴ Cf. Peter Pilhofer, *Presbyteron kreitton. Der Altersbeweis der jüdischen und christlichen Apologeten und seine Vorgeschichte (WUNT II/39)*, Tübingen 1990.

⁵ Cf. Thomas Söding, *Neuer Wein in neue Schläuche. Jesus als Reformier*, in: Matthias Sellmann u.a. (ed.), *Die Theologie und das «Neue»*, Freiburg i. Br. 2015, 55-77.

1. Palabras inspiradas

Según los Hechos de los Apóstoles, en Jerusalén, el día de Pentecostés, Pedro cita al profeta Joel: “Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi espíritu sobre toda carne, y sus hijos hablarán proféticamente, y sus hijas, y sus jóvenes verán visiones, y sus ancianos tendrán sueños” (Hch 2,17; Joel 3,1).

La cita continúa pero el punto principal es que el Espíritu de Dios⁶ colma a todo ser humano independientemente de cuán rico o pobre, cuán libre o esclavo, cuán joven o viejo sea. Cada uno puede tener sus propias ideas y modos de expresarse, pero todos deben poder hablar y no tener miedo de abrir la boca para decir lo que han aprendido, y todos deben escucharse mutuamente. Comienza con la comunidad de creyentes y de allí se extiende a círculos más amplios.

En el primer Pentecostés, ocurrido en Jerusalén, parece claro que será posible el fin de la guerra entre los pueblos por el poder y la dominación que tiene lugar después de la construcción de la torre bajo la babélica confusión de idiomas.⁷ Todos los idiomas de este mundo perduran, y en todos ellos Dios puede ser predicado y entendido. El hecho de que hijos e hijas, jóvenes y viejos, puedan acceder a la Palabra de Dios y dar testimonio de las grandes obras de Dios muestra, a pequeña escala, la gran paz que Dios quiere para su mundo.

Según los Hechos de los Apóstoles la profecía no es un privilegio exclusivo de la vejez, pero sí existe un carisma específico de los ancianos, que quiere ser usado no en contra de otros sino junto con otros en un coro polifónico. Esto ya lo muestra el evangelio de Lucas, el primer tomo de la obra doble, en la introducción de los relatos de la infancia de Jesús.⁸

Isabel como Madre

La mejor amiga de María es su tía Isabel, una mujer anciana que a pesar de su vejez, milagrosamente se convertirá en madre (Lc 1,5-25). María, precisamente como virgen que ha concebido un hijo (Lc 1,26-35), visita a Isabel en Judá. El niño en el vientre de Isabel, Juan el Bautista, reacciona como profeta pre-natal; y su madre, simbióticamente unida a su hijo no-nacido, reacciona “llena del Espíritu Santo” (Lc 1,42). Saluda a María de un modo que habrá de inspirar millones de

⁶ Cf. Kurt Erlemann, *Unfassbar? Der Heilige Geist im Neuen Testament*, Neukirchen-Vluyn 2010.

⁷ Cf. Georgette Chereau, *De Babel a la Pentecost. Histoire d'une benediction*, in: *Nouvelle Revue Theologique* 122 (2000) 19-36.

⁸ *Auf die Frauenstimmen konzentriert sich Andrea Taschl-Erber, Messianische Prophetinnen: Frauenstimmen in der Ouvertüre des Lukasevangeliums*, in: Ulrike Auga (Hg.), *Widerstand und Visionen. Der Beitrag postkolonialer, postsäkularer und queerer Theorie zu Theologie und Religionswissenschaften*, Leuven 2014, 157-171.

oraciones, tanto de ancianos como de jóvenes: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre” (Lc 1,42).

Ella expresa en palabras su propia persona, llena de humilde alegría y de fe consciente: “¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a visitarme? Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno” (Lc 1,43-44).

Isabel es portavoz profética de Israel y expresa las esperanzas más bellas del Pueblo de Dios: reconoce el papel particular de María en el plan de salvación de Dios como Madre de Jesús, el Mesías. Entiende la visitación como una expresión de cariño y entrega que se corresponde con la misión salvífica de Jesús. Reconoce la fe de María y la proclama feliz, como si ella anticipara la predicación de Jesús, que a su vez está arraigada profundamente en las Escrituras de Israel. Es una mujer que estuvo en desgracia durante mucho tiempo debido a la falta de hijos (Lc 1,7), según los parámetros de las sociedades patriarcales presentes hasta hoy. Ana es el modelo del AT (I Sam 1). Isabel, afín a esa experiencia veterotestamentaria, experimenta la felicidad tardía de la maternidad (Lc 1,57) sin estallar en un grito de triunfo sino que su lenguaje es el saludo que se convierte en oración, el testimonio que se hace confesión, la bienaventuranza que fue esperanza.

Isabel aparece como una profetisa anciana, íntimamente relacionada con María, profetisa joven. La respuesta de María al saludo de Isabel es el Magnificat: un salmo neotestamentario, una alabanza a los pobres,⁹ una confesión de fe que abre a Isabel el horizonte de ese punto de inflexión definitivo de la historia de la salvación en el cual, tanto las mujeres como los jóvenes y los ancianos, tienen un papel decisivo que llevar a cabo. En su canto de alabanza a la revolución del amor que Dios ha iniciado, ella también alaba la alianza de las generaciones marcada por la misericordia de Dios: “Él tiene misericordia de todos los que le temen de generación en generación” (Lc 1,50).

La novedad de Dios es que se mantiene fiel a sí mismo, mientras abre nuevos horizontes de vida a través de la gracia. Ancianos y jóvenes por igual son beneficiarios, son dignos de la misericordia y pueden gustarla. La joven profetisa, María, intercede también por los derechos y las esperanzas de los ancianos; Isabel, la profetisa anciana, le deja la palabra a los niños, la próxima generación que ha de venir.

En este diálogo profético de jóvenes y ancianos, la tierra está preparada para el Mesías que hará realidad la promesa.

⁹ Cf. Norbert Lohfink, *Lobgesänge der Armen. Studien zum Magnifikat, den Hodajot von Qumran und einigen späten Psalmen* (SBS 143), Stuttgart 1990.

Simeón y Ana como santos

En el relato de la infancia según Lucas aparecen, junto a Isabel –y Zacarías, su marido mudo a quien se le suelta la lengua (Lc 1,67-76)–, otros dos ancianos-profetas más: el anciano Simeón y la profetisa Ana. Ambos dan testimonio de Jesús. Los dos alzan sus voces en el templo cuando Jesús es presentado por sus padres, es decir, cuando se lo consagra a Dios: Es el Hijo de Dios; sus padres lo confían a Dios, de quien lo recibieron como a su hijo (Lc 2,21-40). Ambos ancianos que se encuentran con la joven familia en este lugar y en este momento especial, encarnan las esperanzas mesiánicas de Israel. Su edad avanzada indica cuán profundamente arraigados están en la historia de Israel. Si así no fuera, la promesa no hubiera irrumpido tan fresca.

Sobre Simeón se dice que era “justo y piadoso” (Lc 2,25). Esto sólo se puede decir de una persona que ya alcanzó cierta edad y demostró su valía muchas veces. Aún siendo anciano, ha conservado su curiosidad. Entonces, inspirado por el Espíritu, puede reconocer a Jesús. Su palabra profética –que entró en la oración nocturna de la Iglesia como *Nunc dimittis*, combina la felicidad del momento –“Mis ojos han visto a tu salvador”–, con la libertad de esperar el final de su vida con serenidad y confianza en la “paz” de Dios, porque después de su muerte habrá un futuro para la fe entre todos los pueblos. Quien puede mirar de esta manera, a raíz de su experiencia de vida, es un modelo a seguir, incluso para los jóvenes. A través de su oración, la Iglesia ha mantenido abierto este testimonio profético a cada nueva generación: cada noche contiene la promesa de un nuevo amanecer –hasta que llegue el día sin ocaso.

En Lucas, la anciana se une al anciano: Ana, casada cuando era joven y viuda desde temprano, decidió no unirse nuevamente en matrimonio y consagrar su vida al templo. No quiso llenar el vacío dejado por su esposo fallecido con un nuevo esposo, sino dejarlo abierto para Dios y su Mesías (Lc 2,37-38). Ahora que tiene ochenta y cuatro años, suena su hora: “Se presentó en ese mismo momento y se puso a dar gracias a Dios. Y hablaba acerca del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén”, hasta el día de hoy. Lucas la llama “profetisa”. Ella es una santa anciana con una mente despierta para captar el momento adecuado y la persona justa: Jesús, el Mesías.

Los dos ancianos, Simeón y Ana, muestran en Lucas que la promesa del profeta Joel fue cumplida mucho antes de Pentecostés. El pasaje que Pedro asume no significa que anteriormente no hubiera profecía, sino que a ella le ha llegado una nueva hora: como el Espíritu de Dios se derrama sobre toda carne, entonces el carisma no es la gracia de uno solo sino de todos.

En el relato de la infancia, Lucas afirma que la profecía está enraizada en el judaísmo y en su experiencia de fe en el único Dios. No sólo tiene un rostro masculino sino femenino. No llega de cualquier forma sino que se desarrolla allí donde la religión está viva: en el plano institucional, cultural e individual; aquí, en el templo, en el judaísmo mesiánico y en la gente piadosa que mucho hace para aguzar el sentido de Dios y del prójimo. La profecía siempre es joven y fresca, por lo que debe provenir de los antiguos que han inscrito sus propias vidas en la historia de la esperanza de Israel.

2. Gestos inspirados

El libro de los Hechos de los Apóstoles, que comienza con el episodio de Pentecostés, describe primero la misión en Jerusalén, ligada especialmente a Pedro, y luego, en toda la segunda mitad, la misión de las naciones con la que Pablo se comprometió. El carisma de la profecía es omnipresente, tanto en sus raíces judías como en su apertura a la fe de los gentiles. Y en dos lugares se asocia este carisma con la generosidad, el cuidado y la perspectiva de la vejez.

Felipe como padre

Cuando Pablo regresa de sus viajes misioneros a Jerusalén, en el conocimiento profético de tener que soportar el martirio, Felipe juega un importante papel de apoyo.¹⁰ Se lo pasa por alto con facilidad, pero es característico suyo. Él es uno de los siete elegidos por la Iglesia primitiva para servir en la mesa de las viudas en Jerusalén (Hch 6,1-7). Tiene grandes actuaciones: como misionero en Samaría (Hch 8,4-13), donde incluso gana para Jesús a Simón el Mago, el prototipo del Fausto; y como el que bautiza al eunuco etíope, que regresaba a su patria de una peregrinación a Jerusalén (Hch 8,26-40). Este bautismo es un hito porque el hombre no era un judío circuncidado; Felipe es uno de los pioneros de la misión *ad gentes*. La escena termina con una anotación lucana que orienta al futuro: “Felipe se encontró en Azoto, y en todas las ciudades por donde pasaba iba anunciando la Buena Noticia, hasta que llegó a Cesarea” (Hch 8,40). Lucas no dice nada más sobre esta misión de Felipe, sin la cual el Evangelio no se habría extendido tan rápido alrededor del Mediterráneo (Azoto se encuentra muy al sur y Cesarea es la capital romana de Judea, la sede del gobernador).

El libro de los Hechos de los Apóstoles retoma la historia de Felipe precisamente en el lugar en que lo había dejado. Lucas narra en primera persona del

¹⁰ Cf. Axel von Dobbeler, *Der Evangelist Philippus in der Geschichte des Urchristentums. Eine prosopographische Skizze* (Texte und Arbeiten zum neutestamentlichen Zeitalter 30), Tübingen 2000.

plural, probablemente como testigo ocular: “Al día siguiente, volvimos a partir y llegamos a Cesarea, donde fuimos a ver a Felipe, el predicador del Evangelio, unos de los Siete, y nos alojamos en su casa” (Hch 21,8).

La breve nota permite echar una mirada sobre una biografía no escrita: Felipe ha envejecido; permaneció en Judea, no en la patria judía, sino en la región costera fenicia, donde vivían muchos paganos. Así como se había mostrado disponible para ayudar a las viudas en Jerusalén, ahora practica la hospitalidad “muchos días” (Hechos 21,10). El grupo que viaja con Pablo no es pequeño; por ende, el corazón de Felipe es grande.

Es posible ir aún más allá. En el siguiente verso se dice de Felipe: “Tenía cuatro hijas vírgenes que profetizaban” (Hch 21,9). Después de su fase misionera formó una familia y es probable que no se haya convertido en un cosmopolita como Pablo. Si tiene cuatro hijas adultas (desafortunadamente no se menciona a la madre), era viejo según los estándares antiguos. Pero parece que el fuego de su entusiasmo ha saltado a la próxima generación ya que sus hijas son todas profetas. Lamentablemente, no dice lo que profetizaban, pero incluso con la breve mención, representan a muchas mujeres jóvenes a quienes el Espíritu Santo había elegido para que hablaran en nombre de Dios. Felipe se queda con ellas y les da refugio en su casa. El hecho de que fueran “vírgenes” refleja cuán progresivo y atractivo era el ascetismo para muchas mujeres en la antigüedad (y en parte hasta el día de hoy): de esta manera, no tenían que inclinarse ante los dictámenes de sus esposos, en cuya posesión estaban según las convenciones vigentes del matrimonio; y no tenían que soportar el alto riesgo de la mortalidad del parto.¹¹ Con la excepción de unas pocas familias muy ricas, las mujeres que se decidían por este tipo de vida, sin marido, se encontraban sin protección ni respaldo jurídico, económico, social y religioso.

Todo esto le dio Felipe como padre a sus cuatro hijas: un modelo de amor paternal según los estándares de la ética cristiana. El apoyo a sus hijas dotadas proféticamente lo muestra una vez más como un profeta activo – lo que realizaba como joven en el cuidado de las viudas y la proclamación del Evangelio perdura ahora que es un padre de familia, aunque en una nueva forma. Las profetisas jóvenes tienen la suerte de tener a su lado a un profeta viejo, su padre. El profeta viejo puede alegrarse de que la historia continúa con jóvenes profetisas, sus hijas.

¹¹ Cf. James A. Francis, *Subversive Virtue. Asceticism and Authority in the Second-Century Pagan World*, University Park (PA) 1995.

Mientras Pablo y su gente disfrutaban en Cesarea de la hospitalidad de Felipe reciben una visita de un profeta de Judea:¹² “bajó de Judea un profeta llamado Agabo. Este vino a vernos, tomó el cinturón de Pablo, se ató con él los pies y las manos, y dijo: «El Espíritu Santo dice: Así atarán los judíos en Jerusalén al dueño de este cinturón y lo entregarán a los paganos»” (Hch 21,10ss).

Este profeta de Judea había tenido en los Hechos de los Apóstoles justo antes una breve aparición. Pertenecía a un grupo de profetas llegados a Antioquía desde Jerusalén; con ello se da a entender que eran profetas judeo-cristianos atraídos por la Iglesia floreciente¹³ de la capital siria,¹⁴ como tantos otros expulsados, que hallándose en un nuevo lugar habían empezado a orientar su misión a los gentiles (cf. Hch 11,19-26). Agabo predijo como profeta que el hambre asolaría la tierra, lo que suscitó una acción solidaria en favor de Judea (Hch 11,27-30).

De la asociación de ambas perícopas se desprende que Agabo había alcanzado una edad avanzada, aun cuando no sea posible mayor precisión. Su referencia al futuro martirio de Pablo está cargado de la misma solidaridad y preocupación que su anterior campaña. Agabo conoce Jerusalén como la palma de su mano. Se había entregado de lleno a la ciudad, por eso no se hace ninguna ilusión sobre lo que allí le espera a Pablo, quien ya había profetizado su propia muerte en el discurso de despedida en Mileto (Hch 20,25.32) y conoce la advertencia hecha por sus inspirados discípulos (Hch 21,4). Los que conducen a Pablo renuevan sus advertencias luego de la profecía de Agabo (Hch 21,12). Pero él insiste en ir a Jerusalén, aunque deba sufrir la cárcel e incluso la muerte (Hch 21,13).

Con esta decisión Pablo no desmiente la profecía de Agabo, sino todo lo contrario. Él sabe que es verdadera. Agabo, por su parte, tampoco quiere apartarlo de su plan de viaje, como los discípulos de Pablo, sino que simplemente le hace ver con realismo lo que habrá de ocurrir. Agabo elige como signo un cinturón en el marco de la tradición profética de Israel. Su gesto es elocuente: Pablo entiende lo que significa y asume el compromiso.

La historia posterior ha confirmado la profecía de Agabo. Al igual que Jesús, Pablo es encarcelado en Jerusalén y entregado a los “paganos”. El tribuno romano

¹² Cf. Kylie Crabbe, *Accepting Prophecy. Paul's Response to Agabus with Insights from Valerius Maximus and Josephus*, in: *Journal for the Study of the New Testament* 39 (2016) 188–208 (la conexión con el aviso inspirado de los discípulos a Pablo sobre su idea a Jerusalén está en Hch 21,4).

¹³ Cf. Luigi Padovese (Hg.), *Atti del 08 Simposio Paolino: Paolo tra Tarso e Antiochia. Archeologia – storia – religione* (Turchia: la Chiesa e la sua storia 18), Roma 2004.

¹⁴ Cf. Frank Kolb, *Antiochia in der frühen Kaiserzeit*, in: Hubert Cancik (Hg.), *Geschichte – Tradition – Reflexion II: Griechische und römische Religion* (FS Martin Hengel), Tübingen 1996, 97–118.

primero lo encarcela de manera preventiva (Hch 21,33) y luego le encadena las manos y los pies, tal como Agabo lo había anunciado de manera simbólica: atándolo de pies y manos con un largo cinturón entonces a la moda. En el arresto de Pablo queda claro desde el inicio que los judíos son la fuerza motora: primero una multitud rabiosa (Hch 21,27ss), luego el Sanedrín (Hch 22,30-23,11). Si bien la profecía y el acontecimiento coinciden poco en cuanto a los detalles, Agabo muestra con toda claridad lo que ha de suceder. Pablo sufrirá de todos modos el martirio, tal como él mismo había dicho en Cesarea (Hch 21,13), aunque en Roma, como se sabe por la tradición que nos llega por fuera del Nuevo Testamento.¹⁵

Mientras Felipe se ha vuelto un hombre de familia, que en su vejez auxilia a la juventud, Agabo es un profeta itinerante que tiene sus raíces en Jerusalén, aunque sin aferrarse a su patria, sino dispuesto incluso en la ancianidad a esculpir el futuro –en este caso, el de Pablo–. Él forma parte de los profetas que permanecen jóvenes de corazón y por eso mismo fue reconocido por Pablo y los suyos.

3. Cartas inspiradas

En el Nuevo Testamento los evangelios y el libro de los Hechos de los Apóstoles hablan sobre las palabras y los gestos proféticos de los ancianos. Todos están relacionados con Pablo, a quien se le muestran límites como apóstol sin que eso haga mella en su esperanza.

Pablo como liberador de esclavos

En una de sus cartas Pablo se describe a sí mismo como un “anciano” (Flm 9). Escribe desde la prisión a fin de interceder por un esclavo extraviado, Onésimo, ante su dueño, Filemón, que en Colosas alberga una comunidad cristiana (cf. Col 4,17; Flm 1-2). Pablo había ganado a Onésimo para Cristo en prisión. Junto con la carta lo envía de vuelta a Filemón (Flm 12) y le pide que lo acepte más allá de lo ocurrido, dejando de lado lo difícil que haya resultado soportar su huida: “ya no como esclavo sino... como hermano querido” (Flm 16). Filemón debe recibir a Onésimo como lo haría con Pablo (Flm 17), al que debe su vida, es decir, su fe (Flm 19).

¹⁵ Cf. Stefan Heid (Hg.), *Petrus und Paulus in Rom. Eine interdisziplinäre Debatte*, Freiburg i. Br. 2011.

La Carta a Filemón¹⁶ muestra una faceta del apóstol que a menudo queda en las sombras. Él puede ser amable sin perder autoridad; puede convencer sin seducir, urgir sin obligar. Por eso llega a ser tan personal. No quiere que Filemón le obedezca de manera ciega sino que actúe libremente (Flm 14), lo que también significa, con amor hacia su (antiguo) esclavo y (nuevo) hermano.

Pablo se involucra en la cuestión. Habla abiertamente de su encarcelamiento y de su ancianidad: “Prefiero suplicarte en nombre del amor, yo, Pablo, ya anciano y ahora prisionero a causa de Cristo Jesús” (Flm 9).

El encarcelamiento se entiende por la persecución a causa de la fe que Pablo debe sufrir –en Roma según la localización tradicional, en Éfeso según suele afirmar la perspectiva histórico-crítica. Lo que permanece es el hecho de que Pablo se retrata como un anciano. Es la misma palabra que el sacerdote Zacarías usa en el evangelio de Lucas, para hablar de sí tanto como de su esposa Isabel. En su diálogo con el ángel Zacarías no cree posible que puedan ser padres debido a su edad avanzada (Lc 1,18). En la antigüedad se consideraba “anciano” a quien hubiera superado los cincuenta años. Esto se corresponde más o menos con las dataciones tradicionales y modernas de la carta. Si Pablo nació a principios de siglo, el encarcelamiento en Éfeso se ubicaría a mediados de la década del 50, y el encarcelamiento en Roma hacia el final de la década del 50 o principios de la del 60.

En la Carta a Filemón Pablo hace valer su autoridad. Es él (primero) de quien Filemón es “colaborador” (Flm 1); es él (tercero), un preso, quien debe sufrir por su fe, mientras que Filemón se encentra cómodo en casa; es él (segundo), un anciano, mientras que Filemón es presentado como algo más joven. La ancianidad implica dignidad, sobre todo en la antigüedad. “Te levantarás delante del anciano y serás respetuoso con las personas de edad. Así temerás a tu Dios”, así dice la ley de santidad del Antiguo Testamento (Lv 19,32). El punto no es considerar las debilidades sino reconocer las fortalezas: experiencia, reflexión, perspectiva.

El “anciano” Pablo propone bastante más en la Carta a Filemón. Quiere ayudar a Onésimo en sus dificultades, quiere ganarlo como colaborador predilecto para sus viajes misioneros (Flm 11.13.16). Se propone visitar a Filemón y su gente (Flm 2) para pagar las deudas de Onésimo, por quien responde (Flm 18-19). Con su carta Pablo quiere conseguir que Filemón cambie, que pueda como cristiano dejar de ser amo de sus esclavos, a fin de ser su hermano.

La Carta a Filemón pulveriza el encanto del Evangelio. Por eso es una carta inspirada. Se trata de un escrito ocasional que se adentra en la oscuridad que

¹⁶ Cf. Martin Ebner, *Der Brief an Philemon (EKK XVIII)*, Ostfildern – Göttingen 2017. Allí se encuentra información sobre el trasfondo histórico social y jurídico, tanto de la esclavitud como de la desertión de esclavos, contemplando las penas y el posible perdón.

conduce a la libertad. Pablo no promueve el alzamiento de los esclavos como Espartaco, sino que busca un cambio en puntas de pie, empezando por la comunidad cristiana, a la que contempla como el adelanto de un nuevo mundo. Pablo entendió cuánto quiere Dios cambiar el mundo y cuánto puede cambiar una vida, lo cual experimentó en carne propia. De allí que no sea una serenidad ilustrada, sino más bien una curiosidad surgida de lo profundo la que lo impulsa hacia nuevas orillas, de ser posible con Onésimo y con el joven Filemón.

Pablo como promotor de los jóvenes

En la Carta a Filemón Pablo se presenta como un “anciano” (Flm 9). Pero en las Cartas pastorales, escritas al menos una generación más tarde para un círculo más amplio de discípulos, lo vemos ya transitando la última fase de su vida y preparado para la muerte (2 Tim 4,6).¹⁷ Ordena su sucesión exhortando e instruyendo a sus principales discípulos, Timoteo y Tito,¹⁸ a fin de que asuman la responsabilidad en su sucesión y en la configuración del futuro de las siguientes generaciones (1 Tim 1,18-20; 4,12-5,2; 6,11-16; 2 Tim 1,6-14; 2,1-4,8; Tit 1,5-16).

Las Cartas pastorales retratan a Timoteo y Tito como reformadores eclesiales comprometidos, conscientes de lo que han recibido de Pablo como mentor, pero que aun así se dejan motivar por él con nuevas ideas, nuevas palabras y nuevas estructuras en orden al futuro. Con ojos de hoy, sobre todo por sus restricciones hacia las mujeres (1 Tim 2,9-15), diríamos que son reformadores conservadores que privaron al Evangelio de muchas posibilidades. Pero desde la perspectiva de entonces son protagonistas de una edificación de la Iglesia que fue el culmen de su tiempo y por eso mismo devino un modelo exitoso.

El Pablo de las Cartas pastorales confía en los nuevos más allá de su juventud. “Que nadie menosprecie tu juventud: por el contrario, trata de ser un modelo para los que creen, en la conversación, en la conducta, en el amor, en la fe, en la pureza de vida” (1 Tim 4,12).

La opción por la juventud es una sabiduría de la vejez. En las Cartas pastorales Pablo se siente responsable, como apóstol, no sólo de la fundación sino también del crecimiento y la edificación de la Iglesia. Sabe que la responsabilidad debe continuar y por eso la deja en manos más jóvenes. Pero no lo hace sin recordar a los jóvenes el respeto que han de tener por los ancianos (1 Tim 5,1). Los ancianos

¹⁷ Cf. Annette Merz, *Die faktive Selbstausslegung des Paulus. Intertextuelle Studien zur Intention und Rezeption der Pastoralbriefe (NTOA/StUNT 52)*, Göttingen 2003.

¹⁸ Cf. Herman von Lips, *Timotheus und Titus. Unterwegs für Paulus (Biblische Gestalten)*, Leipzig 2 2010 (2008).

pueden ya no ser tan rápidos o fuertes, pero no sólo son pacientes a los que atender sino miembros plenos de la Iglesia con experiencias propias y descubrimientos propios. Esto se torna concreto en la Primera Carta a Timoteo, allí donde según la tradición judía, tanto viudas como presbíteros (1 Tim 5,13-16), los ancianos (1 Tim 5,17-22), son considerados miembros importantes y estimulantes para la Iglesia, a quienes la nueva generación eclesial debe cuidar de manera especial. Para ser admitidas en el rango de las viudas, las mujeres deben tener como mínimo sesenta años de edad y haber dado pruebas de su estilo de vida (1 Tim 5,9). Las viudas deben hacerse tiempo para la oración y también deben ayudar a las familias jóvenes, dejándose a su vez ayudar en esto por los obispos. Los presbíteros, entre quienes habrá de elegirse al obispo, deben ocuparse sobre todo de la enseñanza, a saber, la predicación, la catequesis, las conversaciones sobre la fe y la interpretación de la Escritura.

La profecía de la vejez en el Nuevo Testamento no es en absoluto nostálgica. Es consciente y sensible respecto del pasado pero orientada hacia el futuro, como toda profecía. El hecho de que exista la profecía de la vejez es un buen signo para la juventud, porque significa que el paso del tiempo no hace que todo sea peor. Pero la profecía de la vejez no puede plegarse al lamento por el abandono de las costumbres que es, desde hace cinco mil años, el mantra de los que algo han vivido y logrado. Lo que mejor representa la profecía de la vejez es una de las frases dichas por Dios al término de la Biblia: “Yo hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5; Is 43,19).

Traducción: Ignacio Díaz – Andrés Di Cio